

# El mundo se acaba

Horatius Bonar (1808-1889)

**L**as cosas que son vistas son temporales. El nuestro es un mundo moribundo, y aquí no tenemos una ciudad permanente. Pero en pocos años, puede ser menos, y todas las cosas aquí serán cambiadas. Pero en pocos años, puede ser menos, y el Señor vendrá, y la última trompeta sonará, y la gran sentencia será pronunciada sobre cada uno de los hijos de los hombres.

Hay un mundo que no se acaba. Es bello y glorioso. Es llamado “la herencia...en luz” (Col. 1:12). Brilla con el amor de Dios, y con el gozo del cielo. “El Cordero es su lumbrera” (Ap. 21:23). Sus puertas son de perla; ellas siempre están abiertas. Y al decir a los hombres de esta bella ciudad, le estamos diciendo que entren.

El libro de Apocalipsis nos dice la historia de la vanidad de la tierra: “Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti, ni ruido de molino se oirá más en ti” (18:21-22).

Así es el día que está por venir sobre el mundo, y así es la condena que está suspensa sobre la tierra, una condena es proyectada ya como una sombra opaca por los tristes desastres comerciales que han traído frecuentemente tristeza en muchos corazones, y la desolación en muchos de los hogares.

Un ministro anciano, ahorita doscientos años atrás, estaba acostado muriéndose. Sus ochenta años eran mas bien completados. Él ha sido arrastrado por muchas olas, de Inglaterra a Estados Unidos, de Estados Unidos a Inglaterra, y de nuevo de Inglaterra a Estados Unidos. En Boston estaba tendido muriéndose, lleno de fe y amor. La tardecita antes de su muerte, mientras yacía

acostado y mudo, su hija le preguntó cómo él se sentía. Él levantó sus manos moribundas, y con sus labios moribundos simplemente dijo, “¡Cosas desaparecedoras, cosas desaparecedoras!” Repetimos sus palabras solemnes, y, señalando al mundo, con todas sus vanidades sobre las cuales el hombre vano establece su corazón, decimos, “¡Cosas desaparecedoras!”

“El mundo se acaba.” Este es nuestro mensaje.

Como sueño de la noche. Nos acostamos para descansar; nos dormimos; soñamos; nos levantamos por la mañana; y he aquí, ¡todo desapareció lo que en nuestros sueños parecía ser tan estable y tan placentero! Así el mundo se apresura para desaparecer. Oh niño de mortalidad, ¿no tienes un mundo más reluciente más allá?

Como el rocío de la mañana. La noche trae el rocío sobre los cerros, el vapor cubre los valles; el sol se levanta, todo desaparece, el cerro y el valle se ven claros. Así el mundo desaparece, y no es visto más. Oh hombre, ¿abrazarás un mundo como este? ¿Te tenderías sobre el rocío, y dirías, Este es mi hogar?

Como una sombra. No hay nada más tan irreal que una sombra. No tiene substancia, no ser. Es oscura, es una figura, tiene moción, ¡eso es todo! Así lo es el mundo. Oh hombre, ¿seguirías tú una sombra? ¿Qué podría hacer para tí una sombra?

Como una ola del mar. Se levanta, se baja, y no es vista más. Tal es la historia de una ola. Tal es la historia del mundo. Oh hombre ¿harías que la ola sea tu porción? ¿No tienes mejor almohada sobre la cual recostar tu cabeza cansada que ésta? ¡Un pobre mundo como este para el corazón humano para amar, para un alma inmortal para ser satisfecha!

Como un arco iris. El da sus colores sobre la nube, y por unos minutos todo es brillante. Pero la nube se mueve, y todo el resplandor desaparece. Así es el mundo. Con toda su belleza y resplandor; con todos su honores y placeres; con todo su júbilo y enojo; con toda su pompa y lujo; con todo su borrachera y alborotos; con toda sus esperanzas y lisonjas; con todo su amor y risa; con todos sus cantos y esplendor; con todas sus joyas y oro, desaparece. Y la nube que

conocía al arco iris no le conoce ya más. Oh hombre, ¿es un mundo pasajero como éste es todo lo que tú tienes por herencia?

Como una flor. Bella, bellísima; fragante, muy fragante, son las flores del verano. Pero se secan. Así el mundo desaparece de nuestras vistas. Mientras lo miramos, y admiramos, he aquí, ¡se fue! No quedan rasgos de su belleza, ¡sólo un poco de polvo! Oh hombre, ¿puedes alimentarte de las flores? ¿Puedes poner tu corazón en lo que es pero por una hora? Fuiste hecho para la eternidad; y sólo lo que es eternal puede ser tu porción y tu lugar de reposo. Las cosas que perecen con el uso sólo se burlan de tus anhelos. No pueden satisfacerte; y aún si ellas te satisfacerían, ellas no son perdurables. La mortalidad está escrita sobre todas las cosas de aquí; la inmortalidad pertenece solamente al mundo venidero, a esos nuevos cielos y nueva tierra donde mora la justicia.

Como un barco en el mar. Con todas sus velas puestas, y una brisa fresca soplando, la nave aparece a la vista, pasa delante de nuestros ojos en la distancia, y luego desaparece. Así viene, así va, así desaparece este mundo presente, con todo lo que contiene. A pocas horas delante la vista, ¡luego se fue! El ancho mar sobre el cual navegó tranquila o tempestuosamente como antes; ¡no rasgos en ninguna parte de toda la vida o moción, o belleza que la caracterizaba! Oh hombre, ¿es este mundo pasajero tu sólo lugar de morada? ¿Son todas tus riquezas, tus esperanzas, tus alegrías colocadas allí? ¿Dónde todas éstas estarán cuando tu irás a la tumba? ¿O dónde estarás tú cuando todas estas cosas te abandonen, y tú estarás despojado de toda la herencia que tú deberías haber siempre tenido para la eternidad? Es una pobre herencia en su mejor, y su corta duración la hace más pobre todavía. ¡Oh, escoje la mejor parte, lo que no podrá ser quitada de ti!

Es como una tienda de campaña en el desierto. Los que han viajado en las arenas Árabes saben que significa esto. Cuando el sol se pone unas cosa pequeña y blanca se levanta en el desierto esteril. Es una tienda de campaña de un viajero. Al amanecer desaparece. Ambos ella y sus habitantes se han ido. El desierto es tan solitario como antes. Así es el mundo. Hoy se muestra; mañana desaparece. Oh hombre, nacido de una mujer, es ese tu lugar y tu hogar? ¿Podrás decir de él,

“Este es mi reposo,” cuando te decimos que hay un reposo, un reposo eterno, que queda para el pueblo de Dios?

EL MUNDO SE ACABA. Este es el mensaje desde el cielo. Toda carne es hierba, toda su hermosura como la flor del campo.

EL MUNDO SE ACABA. Pero Dios siempre vive. Él es desde la eternidad a eternidad; el Rey eterno e inmortal.

EL MUNDO SE ACABA. Pero el hombre es inmortal. La eternidad está tendida delante de cada hijo de Adán como la duración de su vida. ¡En luz o en oscuridad para siempre! ¡En felicidad o dolor para siempre!

EL MUNDO SE ACABA. ¿Luego qué? Esta es la pregunta que concierne tan profundamente al hombre. Si el mundo está por desaparecer, y el hombre está para vivir para siempre, ¡cuán importante es entonces saber dónde y qué seremos en la eternidad! Un médico célebre, tratando de animar a un paciente desesperado, le dijo a él, “Trata la vida como un juguete.” Fue un consejo miserable. Porque la vida no es un juguete, y el tiempo no es una chuchería de un niño, para ser desperdiciado. La vida aquí es el comienzo de la vida que no tiene fin; y el tiempo es pero la puerta de la eternidad.

¿Entonces qué? Tú debes, oh hombre, asegurarte de un hogar en aquel mundo en el cual tú prontamente pasarás. Tú no debes salir de esta tienda de campaña sin asegurarte de la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Cuando tú has hecho esto tú puedes acostarte sobre tu cama de muerte en paz. Hasta que tú has hecho esto, tú no puedes vivir ni morir en paz. Uno que ha vivido una vida mundana al final se acostó para morir; y al morir se él profirió estas palabras terribles, “Me estoy muriéndome y no sé donde estoy yendo.” Otro en circunstancias similares clamó, “Estoy a sólo una hora de la eternidad y todo es oscuro.” Oh hombre de la tierra, ¡es tiempo que despiertes!

“¿Cómo me puedo asegurarme?” tú preguntas. Hace tiempo ya que Dios contestó esa pregunta, y Su respuesta está registrada para todos los siglos: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hech. 16:31).

“¡Cree en el Señor Jesucristo! Yo no hice ninguna otra cosa que ésta,” tú dices. Si eso sería verdaderamente cierto, entonces, como el Señor vive, tú eres un hombre salvo. Pero, ¿es verdaderamente cierto? ¿Ha sido tu vida la vida de un hombre salvo? No, por supuesto. Ha sido una vida totalmente entregada a la vanidad. Entonces así como el Señor Dios de Israel vive, y así como tu alma vive, tú no has creído, y tú todavía no eres salvo.

“¿No tengo entonces una obra que hacer en este gran asunto de mi perdón?” Ninguno. ¿Cuál obra puedes tú hacer? ¿Cuál obra tuya puede comprar el perdón, o hacerte apto para el favor divino? ¿Cuál obra te pidió Dios para obtener la salvación? Ninguna. Su Palabra es muy clara, y fácilmente comprensible: “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom. 4:5).

Hay pero una obra por medio de la cual un hombre puede ser salvo. Esa obra no es la tuya, pero la obra del Hijo de Dios. Esa obra está completada, para que nada sea quitado ni agregado, perfecta por todos los siglos, y ofrecida por Él mismo a tí, para que te valgas de ella y seas salvo.

“Y ¿es esa obra disponible para mí tal como soy?” Lo es. Dios la ha traído a tu puerta; y tu única manera de honrarla es por tu aceptación para ti mismo, y tomarla como la única base de tu esperanza eterna. Nosotros honramos al Padre cuando nosotros consentimos ser salvos totalmente por la obra terminada de Su Hijo; y nosotros honramos al Hijo cuando nosotros consentimos a tomar Su única obra terminada en el lugar de todas nuestras obras; y nosotros honramos al Espíritu Santo, cuyo oficio es de glorificar a Cristo, cuando nosotros escuchamos que Él nos dice acerca de esa obra consumada “una vez por todas” en la cruz.

¡El perdón es a través del hombre Cristo Jesús, quien es el Hijo de Dios como también el Hijo del Hombre! Este es nuestro mensaje. El perdón es a través de la sólo obra de cargar el pecado que Él logró por los pecadores sobre la tierra. Perdón es para el peor y más malo, al más alejado de Dios a quien la tierra contiene. ¡El perdón es de la clase más grande, más llena y más completa; sin

limitación o excepción, o condición, o la posibilidad de revocación! El perdón es gratis e inmerecido, gratis como el amor de Dios, gratis como el regalo de Su amado Hijo. ¡El perdón es de buena voluntad e ilimitado, de todo corazón y gozo, así como el perdón del padre echándose sobre el cuello del pródigo! El perdón es simplemente por creer; porque, “Por él todos los que creen son justificados de todas las cosas.”

¿Podría la salvación ser hecha más gratuita? ¿Podría el perdón ser traído más cerca? ¿Podría Dios de alguna manera más completa mostrar Su ferviente deseo para que tú no estuvieras perdido, pero salvo, para que tú no mueras, pero vivas?

En la cruz hay salvación, en ningún otro más. Ningún fracaso de las esperanzas de este mundo pueden extinguir la esperanza que la cruz revela. Brilla con más brillo en el día malo. En el día de perspectivas oscuras, de dolores agudos, de cargas pesadas, de cuidados presionantes, cuando los amigos parten, cuando las riquezas desaparecen, cuando la enfermedad nos oprime, cuando la pobreza está llamando a nuestras puertas, entonces la cruz brilla, y nos dice de una luz más allá de la tiniebla de este mundo, la Luz de Él quien es la Luz del mundo. ✠

*(traducido por Pedro B. Durik)*

Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA

*Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 1998 Chapel Library.